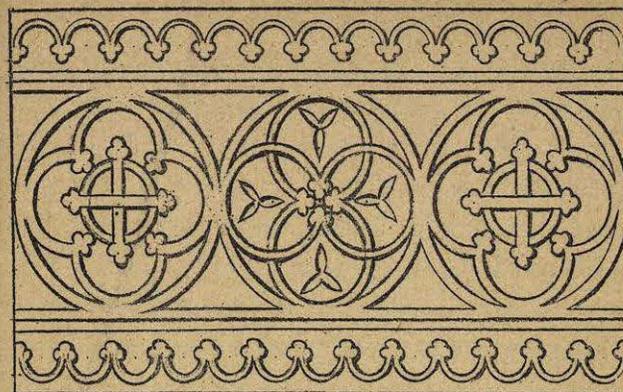
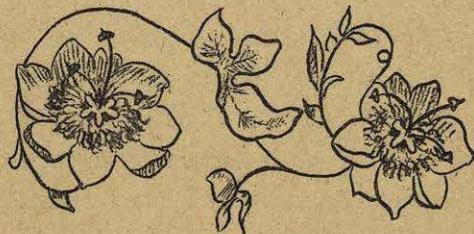


y de los pequeños ha sido á duras penas soportable, y que éstos no han hallado nunca consuelo á su desdicha sino levantando los ojos al cielo.

En aquella atmósfera religiosa, ante la oración de los humildes, tendría que reconocer el incrédulo que es una locura y un crimen arrancarles la fe que les hace amar á los demás hombres y les infunde la confianza en un Padre celestial. Comprendería acaso el Evangelio, ese libro sin par que transformó el alma del universo, que ha inspirado durante diez y nueve siglos las más excelsas virtudes y ha llevado la paz al corazón de tantos cristianos. Y entonces... ¿quién sabe?... al meditar acerca de la obra prodigiosa del que habló en la montaña y murió en la Cruz, vería por ventura que aquellos labios, de donde brotaron tan sublimes enseñanzas, no podían mentir, y creería en Jesucristo, Hijo del Dios todopoderoso, del Dios ante quien las estrellas son iguales á las partículas de polvo que el sacerdote pone sobre nuestra frente, del Dios eterno que, desde el fondo del misterio infinito, reina sobre un polvo de mundos y de soles.



XVI

Renacimiento cristiano

Es un hecho innegable que muchas almas nobles, hastiadas del grosero realismo moderno y rebelándose por fin contra su propia razón, que no hace más que ensanchar y alejar indefinidamente los límites del misterio sin traspasarlos jamás, se han sentido devoradas por sed abrasadora de ideal y de fe, y han acudido espontánea y libremente á la religión de Jesús, sometiéndose á la práctica de su moral divina y de sus doctrinas salvadoras.

Un inspirado poeta, amigo mío, que tiene la cabeza atiborrada de ilusiones metafísicas y que ha imaginado un sistema de doctrinas para su uso particular—variaciones sobre el budismo, por lo que yo he podido comprender,—me confesó no ha mucho el fracaso de sus teorías filosóficas y religiosas.

—He empleado diez años de mi vida, me decía, en imaginar mi sistema, y hasta ahora todo me iba con él á las mil maravillas. Pero días pasados, cuando mi niña estuvo tan enferma, eché á paseo mis elucubraciones y me puse sencillamente á implorar el auxilio del Dios misericordioso, del Padre celestial, que puede conservarme á mi hija en este mundo, ó, cuando menos, devolvérmela en el otro.

Estoy seguro de que mi amigo no tardará en ser un miembro más de la gran familia de Cristo. Otros, muchos otros le seguirán. Porque es preciso que el ateísmo oficial lo vea resignado: se empieza á desertar de sus escuelas de impiedad, en las que no hay nada que hable al corazón; al cabo, se llega á echar de ver que tales escuelas llavan camino de preparar á Francia una generación de hombres orgullosos y desesperados, y en todas partes aparecen señales de un próximo renacimiento de las ideas cristianas.

Más que una señal, más que un síntoma es un verdadero acto de fe lo que hallamos en las palabras, pronunciadas poco ha en Besançon por Mr. Brunetière. No las califico de *discurso*, porque se trata de un

breve *speech*, dirigido á una concurrencia poco numerosa. Pero es imposible decir más cosas en tan pocas palabras

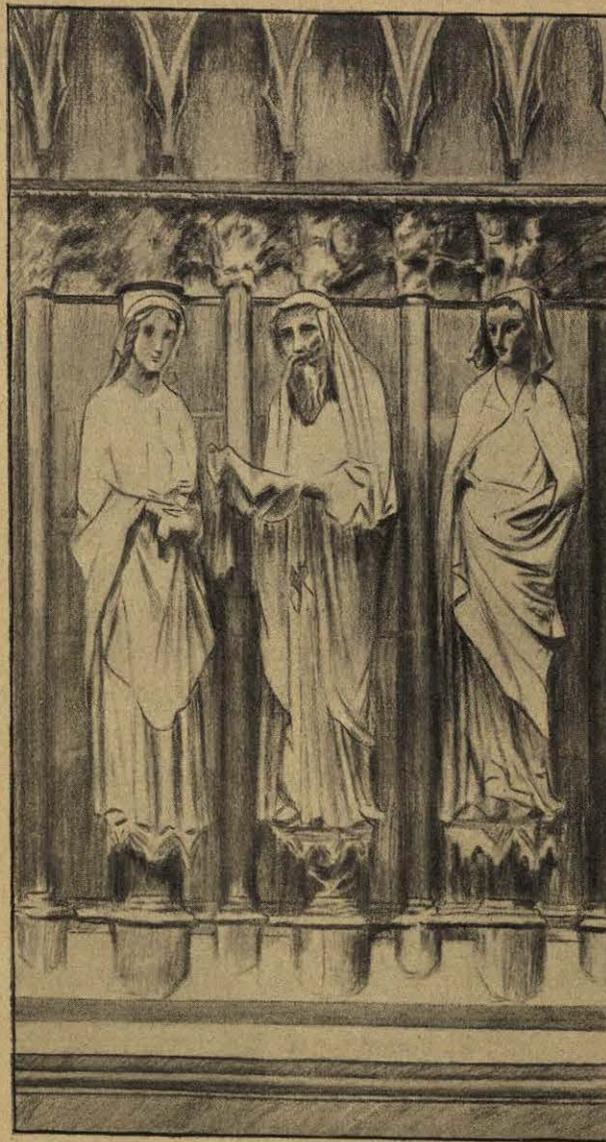
Después de hacer constar la decepción que produce esta vulgar filosofía que corre con el nombre de *religión natural*; después de advertir que es imposible despojar á una religión de su parte sobrenatural y dogmática; después de afirmar que todo lo bueno que hay en nosotros se lo debemos, por herencia ó por educación, al cristianismo, el ilustre orador añadió un argumento patriótico á las razones filosóficas y morales que nos arrastran hacia la fe, haciendo notar que, en todo el mundo, los intereses del Catolicismo y los de Francia van estrechamente unidos, ó, mejor dicho, son los mismos.

Es muy de lamentar que, distraídos por los escándalos públicos que se suceden hoy día con cierta periodicidad, no hayamos prestado mayor atención al breve discurso de Brunetière, verdadero modelo de elocuencia concisa y substanciosa. Todo hace esperar por lo demás, que Brunetière desarrolle pronto el plan esbozado en Besançon, escribiendo sobre el asunto algún estudio magistral.

Pero si en este renacimiento cristiano Brunetière está llamado acaso á ejercer una influencia decisiva sobre los hombres graves y estudiosos, gracias á la fuerza y al método de su raciocinio, las almas sedientas, ante todo, de arte y de belleza se sentirán en-

vueltas en una atmósfera de intensa piedad, después de leer el libro, en extremo interesante y profundamente sincero, de J. K. Huysmans, titulado *La Catedral*.

Al decir de un proverbio que viene aquí como anillo al dedo, por todas partes se va á Roma; pero preciso es reconocer que Huysmans eligió el camino más largo. Hace algunos años, una curiosidad malsana le indujo á estudiar los abominables misterios del satanismo; y quien lea uno tras otro sus dos libros *Là-bas* y *En route*, podría creer, de no saltar á la vista el carácter puramente fantástico del primero, que Huysmans había corrido á buscar refugio en la Trapa al salir de alguna *misa negra*. Lo cierto es que este desdeñoso incorregible, tan descontentadizo en materia de estilo como de paladar, llegó un día á no gustarse á sí mismo. Este sentimiento, que ha expresado muchas veces con enérgica franqueza, debía tomar al fin, en su conciencia escrupulosa, la forma del arrepentimiento. El que se arrepiente experimenta acto seguido la necesidad de ser perdonado; y como no hay más que un tribunal, el confesonario, en que la indulgencia es infinita y la absolución perfecta, Durtal—nombre con que se nos presenta Huysmans como protagonista de los libros citados,—se refugia en la confesión, y en adelante vive como cristiano. En las páginas de *En route* se relata esta crisis del alma con estilo penetrante y conmovedor.



El nuevo converso, sabio y artista á la vez, se conmueve un día hondamente ante las bellezas de la catedral de Chartres. Y he aquí el porqué del último libro de Huysmans, dedicado casi por entero á describir aquella maravillosa iglesia, transfigurándola en ciertas páginas con los más extraordinarios caprichos de imaginación y poniendo en otras la meticulosa exactitud de una guía.

La Catedral corre estos días de mano en mano, y no es mi intento entrar ahora en su crítica literaria. No diré, pues, si me parecen justos ó no los que censuran al autor por ciertas frases y comparaciones que recuerdan bastante sus anteriores obras naturalistas, tildándole de haber llenado esta última con todas las chocantes singularidades de la biblioteca mística.

Todos sabemos que Huysmans es un escritor muy particular, á la vez refinado y trivial, amigo de expresar con crudeza un pensamiento delicado, gran buscador de libros en que se encuentren cosas raras, y que no vacila nunca en aparecer extraño con tal de despertar la admiración. ¿Por qué no hemos de acostumbrarnos á aceptar á un escritor tal cual es, desde el momento en que reconozcamos en él un temperamento original y un ingenio superior? De todos modos, los más severos mirarán con alguna indulgencia las extravagancias que deslucen un poco *La Catedral*, al leer los bellísimos párrafos que dedica el autor al arte medioeval, á la arquitectura gótica, á las vidrie-

ras policromas, á los pintores primitivos, á la música religiosa, así como también al saborear las exquisitas descripciones de tantas escenas familiares y tantos cuadros pintorescos, llenos de colorido. Recomiendo de un modo especial la misa rezada dicha en la cripta, bellísima miniatura que denuncia la mano de un maestro. Pero dejemos á un lado la literatura.

Donde Huysmans me conmueve es en las páginas que escribe con el corazón: cuando recién convertido, después de pasar la mitad de su existencia entregado á una vida sensual, sin haber ejercitado su entendimiento más que en la amena, aunque penosa gimnasia de las letras, expresa tristemente las dificultades que halla para crearse una vida interior, y deplora, con acento de penetrante sinceridad, la aridez de su corazón y la tibieza de sus plegarias. Entonces vienen á mi memoria aquellas palabras terribles: «Dios echa de sí con repugnancia á los que son tibios.»

También yo he padecido ese trabajo, justo castigo de los que tardan en conocer el vacío de su alma y luego buscan en ella con angustia, para recogerlos ávidamente, algunos restos de esperanza y de fe. Al amanecer nos alejamos de la Cruz; con los ardores del día la olvidamos, y sólo al atardecer se alarga su sombra y nos alcanza. La hora es oportuna, sin duda, porque es cuando todo va á faltarnos. Entonces buscamos refugio al pie de la Cruz que nos tiende sus brazos protectores, nos abrazamos á ella acojidos

é intentamos balbucear una oración. Pero no en vano hemos pasado largos años mirando con indiferencia las cosas eternas; por esto nos parece que las suaves oraciones de la infancia pierden su encanto al pasar por nuestros labios impuros.

¡Animo, á pesar de todo! Vos mismo, amigo Huysmans, habéis escrito, con el desenfado que os distingue: «Preciso es que Dios sea muy poco exigente, para contentarse con hombres como yo.» ¡Y como yo! permitidme añadirlo. Hay quien se ha burlado de estas palabras, que yo, por el contrario, encuentro conmovedoras. Pero importa evitar el desaliento que en ellas aparece, contra el cual habla muy alto el Evangelio todo. Acordémonos de la Samaritana, de María Magdalena, de los obreros que llegaron tarde, del Hijo pródigo, de la oveja descarriada, de la preferencia concedida á los arrepentidos sobre los justos.

Oremos, pues, sin dudar nunca de la infinita misericordia divina. Por árida que sea nuestra oración, siempre tiene alguna virtud. ¿Acaso no nos hallamos ya libres de muchas bajezas y miserias que nos esclavizaban? ¿No nos sentimos más justos, más resignados, más humildes, y sobre todo más caritativos?

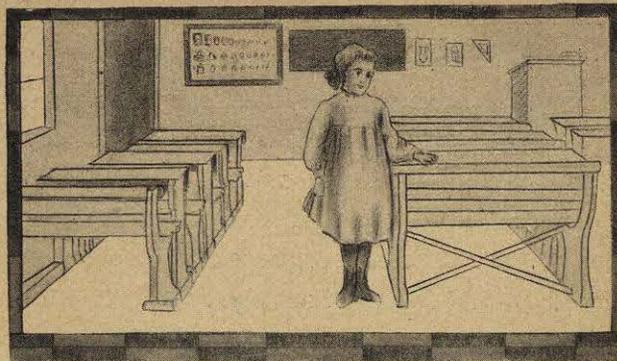
No sé dónde he leído hace algunos días, entre otras frases maliciosas dirigidas á vos, pero en las que quiero considerarme aludido, que el estado de nuestra alma obedecía al cansancio propio del solterón desengañado. Bueno ¿y qué? ¿Tan malo es querer acabar bien? Por

mi parte nunca he visto nada más indecente y grotesco que un viejo verde. Los hombres del siglo xvii—que vos, amigo Huysmans, hacéis mal en criticar ligeramente, porque fueron en su mayoría excelentes cristianos,—tenían la buena costumbre de retirarse del mundo al entrar en la vejez, y poner, como decían ellos, un paréntesis entre su vida y su muerte, consagrando sus últimos años á pensar en la eternidad. ¿Qué final más digno puede tener la vida? y ¿por qué nosotros no hemos de imitarlos?

Pero hay algo más que eso, ciertamente. Un soplo de gracia ha pasado sobre nosotros: *Spiritus flat ubi vult*, y en muchos casos, bocas de las que nadie lo esperaba, han pronunciado palabras religiosas. Empezó el pobre Verlaine. ¿Quién no recuerda la expresión admirable de arrepentimiento que puso en su *Sagesse*? Luego habéis escrito vos los valientes y curiosos libros á que me he referido. Yo mismo, cuyas obras y cuya vida pasada nada tienen de edificante, contribuyo también á la noble empresa con mi humilde esfuerzo. Por otro camino, pero hacia el mismo fin, se pone en marcha Brunetière; y á éste no creo que nadie le tache de sentimental ni de neurótico.

Díganme ahora los espíritus sinceros: ¿No es muy notable—ya que no cabe atribuirlo á una coincidencia fortuita;—no tiene algo de sorprendente que muchos escritores laicos, del todo independientes y desinteresados, por lo mismo que no pueden esperar otro fruto

inmediato de sus actos que befas é injurias, confiesen públicamente su retorno á las creencias religiosas? ¿Y no constituye esto una prueba evidente de que, entre las ruinas acumuladas por la bancarrota sentimental, filosófica, política y social de este desastroso fin de siglo, la Fe triunfa, semejante á esas inmensas catedrales que, firmes sobre sus cimientos desde hace tantos siglos, atestiguan la fuerza invencible del cristianismo y de la Iglesia?



XVII

La Infancia y la Oración

Recientemente he sido visitado por el hijo de uno de mis mejores y más antiguos amigos, joven sacerdote que acaba de salir del Seminario de San Sulpicio y ha sido nombrado vicario de una parroquia situada en los arrabales de París.

Ardiendo en celo, el novel presbítero se felicita de ir á morar entre el pueblo, junto á la miseria, en la seguridad de hallar allí, más á menudo que en otras partes, ocasiones de ejercer su ministerio de caridad, y firmemente decidido á intentarlo todo para lle-